

El arma de la estadística étnica

Jean-Pierre Lavaud

Estoy de acuerdo con Xavier Albó: “ los números cantan” (*La Razón, 10 de julio 2007*). Pero cantan lo que se quiere que canten. Un claro ejemplo es la querrela actual sobre la cuestión de si existen en Bolivia una mayoría de indígenas o una mayoría de mestizos. Se pueden obtener resultados diferentes de acuerdo a la manera cómo se planteó la cuestión o cuestiones sobre la pertenencia o identificación a una raza, etnia, un pueblo, una nación. Más aún, ninguna de estas expresiones permite establecer conjuntos de poblaciones con límites y fronteras claras y precisas, con perfiles netos entre ellas. Por tanto, este jueguito puede continuar por largo tiempo y cada cual encontrará argumentos en favor de la causa que defiende.

En efecto, es conveniente subrayar que no hay definición objetiva de indios, indígenas u originarios que permita identificarlos y distinguirlos de los no indios o de los no-indígenas, y contabilizarlos, así como no hay definiciones objetivas de aymaras, quechuas u otros grupos. El antropólogo, sociólogo o el estadístico no pueden proceder del mismo modo que un zoólogo y caracterizar mediante rasgos objetivos específicos (físicos o culturales) el conjunto de indígenas o indios.

Del mismo modo que las batallas semánticas que se han desarrollado en los últimos 20 años entre diversos grupos, o por los menos entre sus representantes, por la apropiación o el rechazo de sustantivos como indio, indígena u originario, muestran su carácter coyuntural y relativo, así también una rápida observación histórica revela que la definición oficial del indio ha cambiado según las épocas. Bajo el régimen de la corona española hasta los inicios de la república, el indio es el que paga el tributo o impuesto(es una categoría administrativa); a la vuelta del siglo, con el desarrollo de la antropología física, es un individuo que pertenece a una raza particular; a partir de los años cuarenta, y bajo la influencia de la antropología cultural norteamericana, es un miembro de una cultura específica. Esta última concepción es actualmente la más corriente, pero para cuantificar estas poblaciones recientemente se ha sustituido el criterio lingüístico(como marca de cultura o etnia), por el de autoidentificación. Con todo, es bien sabido que esta autopercepción del ego como indígena con respecto a otros y de estos con respecto a él, puedan variar según las circunstancias y la vida. Uno que se ve como indígena hoy día no querrá portar su traje más tarde o a la inversa; otro considerado o percibido como indígena aquí no lo será en otro lugar o inversamente. Esta es, por otra parte, una de las conclusiones del estudio *Auditoria de la democracia: Bolivia 2006* comentado por Xavier Albó: “Las identidades deben ser tomadas en cuenta no como compartimientos estancos, sino

como construcciones sociales (yo añadiría: e individuales), que son flexibles, fluidas y que cambian con el tiempo”.

Por tanto, si verdaderamente uno se interesa en el problema de las identificaciones habría que restituírle sus complejidades relacionadas a la vez con el contexto y las circunstancias en las cuales los individuos con historias singulares, son llevados a poner por delante una u otra faceta de su persona : género, empleo, edad, religión, origen geográfico, raíces ancestrales (reales o supuestas). Del mismo modo, será necesario intentar comprender porqué, en un momento y en un entorno particular, estos individuos se sienten o se presentan como miembros o simplemente próximos, de una colectividad antes que de otra.

En el caso presente se puede evidenciar que, amparados en la estadística, los autores que se pasan el bulto unos a otros, son ajenos a esta exploración de los mecanismos de construcción y de cambio de las afiliaciones identitarias. Tanto el censo de 2001 como los datos de la *Auditoria de la Democracia* - que desmentirían los del censo -, sólo se comprenden si se los considera como armas del combate político. En efecto, si es evidente que ambos responden a criterios de una encuesta científica para producir datos (censo en el primer caso, muestra representativa, en el segundo), está también claro que las preguntas planteadas en los dos casos convierten el problema identitario en una caricatura simplista que es utilizada luego para promover (en el caso del censo) o invalidar (utilizando los resultados de la encuesta de la *Auditoria*) políticas públicas. El censo, al ser oficial, hace existir y valida a la vez a los grupos étnicos, que por ello mismo recibirán un trato diferente al resto de la población: se trata entonces de una técnica de producción y legitimación de las diferencias étnicas.

Se comprende entonces que los que no están de acuerdo con este resultado, apelen a un procedimiento similar de producción de distinciones, que concluye con agrupamientos y cifras diferentes. Se dirá, ustedes han producido indígenas y no estamos de acuerdo. Nosotros produciremos mestizos. Ustedes han fabricado una pregunta de autoidentificación como miembros de grupos étnicos, pues nosotros plantharemos otra pregunta que haga aparecer a los autoidentificados como mestizos.

Lo que no se discute y más bien todo el mundo oculta, es que los resultados cuantificados son inducidos por preguntas simplistas o groseras de los encuestadores, por las cuales los individuos para autoidentificarse son constreñidos a elegir entre ciertas alternativas impuestas. Por ello es que es fácil comprender que el uso de una categoría étnica o racial u otra, juntamente con las alternativas propuestas, va a tener una incidencia sobre los resultados obtenidos. Esta es la base misma del aprendizaje en la elaboración de cuestionarios de encuestas, y cuyos ejemplos de los sesgos a los cuales se puede llegar son proporcionados por los manuales respectivos. Este es uno de los resultados más

esclarecedores y no sorprendentes de la encuesta de la *Auditoría*. Dicho sea de paso, es conveniente subrayar que esta última encuesta consiste en una exploración de opiniones o actitudes, y es anónima y no un trabajo orientado a delimitar grupos étnicos con fines de políticas públicas. Es el uso que se hace de los datos que la colocan en el mismo lugar que el censo.

No solamente este enfoque sobre la identidad es grosero y simplista sino que además produce exclusión y conflictos sociales, como lo subraya Amin Maalouf -novelista y ensayista libanés establecido en Francia- en su ensayo *Les identités meurtrières*, una obra que invito a leer y meditar y de la cual extraigo el siguiente fragmento: “ Cuando me preguntan lo que soy “en el fondo de mí mismo”, eso implica que en el “ fondo” de cada uno sólo cuenta una pertenencia, su “verdad profunda” de alguna manera, su “esencia” determinada por siempre por el lugar de nacimiento y que no cambiará nunca; como si lo demás, la trayectoria de hombre libre, las convicciones adquiridas, las preferencias, la sensibilidad propia, las afinidades, en suma, la vida, no contara para nada. Cuando se incita a nuestros contemporáneos a “afirmar su identidad”, como se lo hace hoy día, lo que se les pide es que deben reencontrar en el fondo de ellos mismos esta pretendida pertenencia fundamental, que es a menudo religiosa, nacional, racial o étnica, y enarbolarla orgullosamente frente a los otros. Es marginalizado el que reivindique una identidad más compleja “.

A partir de todo ello se comprende que las observaciones de Xavier Albó de que los ítems de la encuesta Auditoría de la democracia son “poco afortunadas para Bolivia” o que tienen “cargas emocionales negativas”(sin precisar cuales son, para quien y por qué, y si son las mismas para todos) son secundarias en relación al problema de fondo: en el censo oficial ¿hay que contar a la gente por étnia o por raza?; ¿qué étnias deben ser contadas y con qué fines políticos?. Después de todo, ¿ por qué no contar también a los judíos, a los originarios del Medio Oriente, a los habitantes de origen alemán que viven en Bolivia?

De otra parte no es evidente que la defensa de los individuos o de grupos explotados u oprimidos del país pase por el recurso obligatorio a estas ficciones grupales, al menos por una razón. En el interior de estos grupos construidos existe también la explotación y la dominación, a veces brutal: para tener una idea basta pensar en lo que hacen en el campo ciertos grupos de actividad (transportistas o rescatistas, por ejemplo). Es muy significativo que haya una plétora de estudios para testimoniar la existencia de tal o cual etnia o grupo (pueblo indígena, ayllu, marca...) precisando los límites, los hábitos, costumbres, etc...y que rara vez se interesen en sus diferenciaciones internas, en las familias o subgrupos dominantes y en los mecanismos de explotación o de poder de unos sobre otros. La focalización sobre los orígenes que congela a cada uno en una posición dada, desvía la investigación acerca de los mecanismos sociales en la génesis y dinámica de las desigualdades actuales.

En los hechos, la “indianización” actual, o si se prefiere la producción de categorías oficiales indianistas y de un discurso indigenista en América Latina tiene lugar desde fines de los años sesenta en sociedades profundamente mestizadas, biológica y culturalmente. Las poblaciones de origen diezmadas por las epidemias, han sido cruzadas desde hace cinco siglos con las de los conquistadores europeos provenientes de la península ibérica- ellas mismas producto de numerosos otros cruzamientos-, enseguida con los esclavos negros y luego con las olas de migrantes llegados de Europa, Medio Oriente y de Asia. De todo ello ha resultado no sólo las más diversas mezclas biológicas, sino más aún los sincretismos e hibridaciones o combinaciones culturales en constante evolución; hoy más que nunca en razón de la multiplicación y la aceleración de contactos de toda naturaleza vinculados con la urbanización, los desplazamientos rápidos y repetidos, de la educación, y de la exposición ante los medios de comunicación.

Lo mismo dicho de otra manera, el indígena de hoy día o al menos aquel al que se considera como tal, ciertamente puede tener ancestros precolombinos, pero también con seguridad ascendientes llegados de otros lugares, y podría por tanto reclamar por sus ancestros alotótonos como reivindicar su mestizaje. Una buena parte de lo que es presentado actualmente como específicamente indígena, particularmente los ritos religiosos, y las manifestaciones festivas, es el producto de mezclas y de invenciones como el carnaval de Oruro, el Gran Poder en La Paz, la peregrinación a la virgen de Urkupiña en Cochabamba, etc. La vestimenta típica de las cholitas de La Paz, que se la puede encontrar en el Altiplano en versiones más rudimentarias, es en gran parte prestada de la vestimenta colonial; o más recientemente el sombrero abombado ha sido tomado directamente de su majestad británica. Es decir, todo estudio aún sea sumario no puede sino testimoniar esta realidad cotidiana y en movimiento de adopciones, adaptaciones, mestizajes, sincretismos, hibridaciones culturales, cualquiera que sea el nombre que se les dé.

Además, este indígena no tiene mucho que ver en sus maneras de ser y de pensar con el de ayer. Para tener conciencia de ello, es suficiente observar que gran parte de los que se consideran o son considerados como indígenas, son católicos, instruidos en los sistemas educativos nacionales o más aun actores del mercado de bienes. Lo que hace que hayan desarrollado sistemas de valores muy similares a los de los no-indígenas, pasando fácilmente de una categoría a la otra. Por ello mismo, la distinción hasta hace poco ha sido más social que étnica, que situaba al indígena en lo más bajo de la escala social. Lo que hacía posible que se pudiera salir de la condición de indígena, dependiendo de las épocas y los contextos, y ciertamente de la condición social de los aspirantes al cambio, pero también bajar o retornar. Este es el caso con las posibilidades ofrecidas por la educación y particularmente las migraciones nacionales e internacionales.

Actualmente el proceso de construcción y de valorización de las culturas indígenas y los beneficios materiales asociados con esta condición gracias el reconocimiento nacional e internacional (programas sociales y de desarrollo, acceso a la tierra, cuotas de representación política...) hacen más complejo descifrar las relaciones individuales y colectivas. Como nunca se puede llegar a ser un indígena instruido, rico y poderoso. Por consiguiente, las diferenciaciones personales y familiares, económicas, sociales y aún las culturales, se acrecientan en el seno de grupos etiquetados de indígenas, entre los que, por ejemplo, hacen carrera política en toda la gama de organizaciones que se supone los representan local, nacional o internacionalmente (lo que les proporciona un conjunto de ventajas, de competencias y o saberes, y contactos con el extranjero, que los diferencia), y el grueso del grupo que representan. Todo ello da lugar a que se exacerbén las batallas internas por la representación legítima y que los grupos se enfrenten unos contra otros, por ejemplo los colonos provenientes de los Andes a las poblaciones de origen salvático por la ocupación, la explotación y la dominación del territorio. En esta disputa por el territorio, los que ganan son en general los colonos. Son ejemplos contundentes de ello, la ocupación por los *cocaleros* del Chapare de territorios del parque Isiboro Secure, donde vivían desde hace mucho tiempo las poblaciones Yuracaré y Yuki.

En suma, no hay ninguna certidumbre de que el hecho de reconocer oficialmente a las naciones indígenas disminuya las injusticias o las desigualdades. Si la tendencia actual continúa, podemos apostar a que ellas podrían acentuarse así como los conflictos entre naciones en competencia. Si nuestro razonamiento es correcto, y ser indígena quedará como un estigma que designa a los más desprovistos, entonces hay y habrá de alguna manera aún por largo tiempo “indígenas de indígenas”, que tendrán tanto más dificultades de defenderse y de organizarse, porque se supondrá que ya están representados por los suyos.

(Traducción de JLR.)